

Georges Soria:

Un testigo de la Historia

María Ruipérez



Georges Soria, autor de Guerra y Revolución en España con Rafael Alberti (Foto R.Pic)

Tiempo de Historia.—*¿Cuáles fueron las motivaciones que le impulsaron a escribir este libro?*

Georges Soria.—Las motivaciones fueron varias. La fundamental es que no puedo olvidar que fui testigo de la guerra de España, país al que desde 1936 —antes de empezar la guerra— había venido como corresponsal a estudiar la vida política del Frente Popular tras las elecciones del 16 de febrero. Y después fui testigo de todos los acontecimientos, desde el 18 de julio de 1936 hasta 1939. Como testigo, quedé marcado por estos acontecimientos en el plano humano y en el plano más general de orientación de mi pensamiento. Me pareció que si alguna vez quería escribir sobre la guerra de España no lo haría como testigo, sino como un historiador capaz de presentar un relato que pudiera ser comprendido por el lector más erudito y el más popular. Durante 25 años era casi imposible escribir sobre la guerra de España, porque los archivos estaban absolutamente cerrados; pero esperaba que

un día podría adelantar en mi camino gracias al avance de la investigación histórica, basándome en documentos y no en recuerdos. A partir de 1973-74 pude notar cómo con el relajamiento de la censura que hubo en aquel período en España, se publicaban aquí y allá ciertos trabajos muy interesantes —trabajos como el de Salas Larrazábal o Martínez Bande—, con centenares de páginas sobre los aspectos militares de la guerra sacados de los archivos del Estado Mayor Central del Ejército nacionalista. Y se abrieron poco a poco los archivos ingleses, y del todo los archivos alemanes e italianos que habían caído en poder de los aliados en 1944, y que se publicaron en varios idiomas en Alemania, Inglaterra, América, etc. Con ello se habían acumulado unos cuantos estudios bastante valiosos sobre España vista desde los dos lados. Con todos estos materiales decidí hacer un relato que fuera asequible al lector medio, pero procurando no hacer una historia de los acontecimientos, sino un análisis y a la vez síntesis de los pro-

CORRESPONSAL en España desde el triunfo del Frente Popular en febrero de 1936 hasta el final de la guerra civil, periodista e historiador, autor de importantes estudios sobre la Revolución Rusa y la Comuna de París, Georges Soria acaba de publicar en castellano una de las obras más voluminosas sobre nuestra guerra aparecidas hasta el presente (**Guerra y Revolución en España, 1936-1939**) (1). Una obra que ha recibido de inmediato el virulento ataque del más conocido historiador franquista, Ricardo de la Cierva, disgustado sin duda por la fidelidad de Soria a la Segunda República y su consideración de los militares sublevados como «rebeldes» frente al régimen legalmente constituido; pero que, a la vez, será acogida con satisfacción por extensos sectores del país, hartos ya de las interpretaciones franquistas dominantes hasta la muerte del dictador.

Partidario, pero no «partidista», militante de izquierda abierto al diálogo y la confrontación, Soria es sobre todo un humanista interesado por los diversos campos de la cultura y la vida humana, que ha conjugado en su obra la erudición del historiador con la emoción del testigo, para ofrecer una brillante síntesis de los años más difíciles, y decisivos, de nuestra reciente historia. Ante la imposibilidad de abordar en una breve charla todos los aspectos centrales de este período, la conversación que sostuvimos con él, y que ahora recogemos, se centró en algunas cuestiones capitales, aún sometidas a discusión, y en cuya clarificación pueden jugar un papel de suma importancia las interpretaciones de Georges Soria.

(1) Ed. Grijalbo, Barcelona, 1978, 5 volúmenes.

blemas y momentos decisivos de la guerra de España.

Por otro lado, dada la intervención del fascismo internacional y la inhibición de las democracias occidentales, la guerra de España se convirtió en una especie de ovillo de lana: empezamos por una guerra civil, y nos damos cuenta de que es el prelude de la Segunda Guerra Mundial. Estas razones han hecho que yo llegara a la conclusión de que había que explicar este acontecimiento tan importante y favorecer la comprensión de un período que yo considero el más horrible de la Historia de la humanidad, porque la guerra mundial acabó con la masacre de más de noventa millones de personas, entre los que murieron en los campos de batalla, en los campos de concentración, por los bombardeos, el hambre, etc. Por ello, decidí escribir este libro que me costó muchísimo trabajo, durante largos años de búsqueda.

T. de H.—¿Cómo se desarrollaba su actividad como corresponsal durante la guerra civil?

G. S.—Mi papel de corresponsal fue como el de todos los corresponsales: tenía que dar día tras día una imagen de lo que pasaba en los distintos frentes donde me encontraba o en la retaguardia, cuando estaba en ella; en el campo, cuando le visité, o en las fábricas. Es decir, dar una imagen total de lo que era esta guerra y esta revolución al mismo tiempo. El trabajo era muy difícil y complicado porque, durante el asedio de Madrid, para comunicar con mi país había que esperar tres o cuatro horas al teléfono, o incluso muchas más durante los días más difíciles de la defensa de Madrid, del 6 al 11 de noviembre, en los cuales el frente estaba a dos kilómetros del centro de la capital, y cualquier cosa podía ocurrir mientras uno esperaba su llamada. Así que procuré dar una imagen diaria de lo que estaba pasando. Desde el punto de vista de mi puesto de observación, he sido un privilegiado porque era muy joven, y aunque hablaba poco el castellano, hice amistad con muchísima gente a todos los niveles, desde los combatientes de la base



Lo que me causa una impresión bastante desagradable es ver que los que han escrito la historia a su manera durante los años en que estaban en el poder, hoy en día no pueden soportar la verdad, y la única manera de manifestarse sean los insultos. Pero como dijo el Presidente Azaña: «En ese terreno yo he agotado mi capacidad de desprecio». (La Guardia Republicana rindiendo honores al Presidente de la República Española, don Manuel Azaña».

en el frente, que cuando me veían llegar me llamaban «el francés», hasta el Presidente de la República, don Manuel Azaña, pasando por Largo Caballero, por líderes de los diferentes partidos, como José Díaz o la Pasionaria en el PCE, Juan Negrín o Prieto del PSOE, por anarcosindicalistas o republicanos de izquierda, como Martínez Barrios, etc. Mi trabajo se me facilitó mucho porque al haberme identificado con la causa de la República española, que consideraba —y sigo considerando— como una causa absolutamente justa, los amigos que tenía en todos los partidos me hacían el honor de recibirme y de hablar conmigo. Y muy difícil, por otro lado, por las condiciones objetivas en las que me movía.

LOS PARTIDOS OBREROS DURANTE LA GUERRA

T. de H.—¿Qué papel jugaron los partidos obreros durante la guerra civil?

G. S.—Yo creo que los partidos obreros jugaron un papel muy importante durante la guerra civil. Principalmente hubo tres partidos o agrupaciones que, sin ser partidos políticos, representaban corrientes políticas: el Partido Socialista Obrero Español jugó un papel importante, porque tenía la confianza de un gran número de trabajadores; el Partido Comunista, que conoció un desarrollo muy importante desde la primavera de 1936 hasta el final de la guerra, y la corriente anarcosindicalista, sobre la que se podría hablar mucho

más en detalle. Lo que quisiera subrayar es que los partidos obreros, pese a sus diferencias ideológicas, a sus puntos de vista políticos, a veces distintos, pusieron por encima de sus diferencias la necesidad de una unidad del Frente Popular al nivel del Gobierno, pese a todos los incidentes y a todo lo que ocurrió en los casi tres años que duró la guerra. La característica fundamental, en mi opinión, es que si existió la unidad del Frente Popular y del Gobierno a nivel de masas, fue porque los partidos obreros pusieron todo su empeño en fortalecer esa unidad de acción que había en el plano de la acción militar, económica y social. Si no hubiera habido esa unidad entre los partidos del Frente Popular, yo creo que la República hubiese sido derrotada mucho antes. Y la mejor prueba de ello es que cuando esa unidad se rompió a finales de diciembre de 1938, a los tres meses el Frente Popular y la República española fueron aplastados, no solamente por razones políticas, sino por razones militares muy importantes. Me parece que los partidos obreros, al procurar fortalecer al Frente Popular, yendo más allá de las crisis que atravesó, hicieron posible la resistencia en el campo republicano.

T. de H.—¿Hasta qué punto estaba el PCE dominado entonces por el estalinismo?

G. S.—El Partido Comunista de España, como todos los demás partidos comunistas de aquella época, era miembro de la III Interna-

cional. En este momento de la historia de la Internacional, lo que se nota es que el predominio del pensamiento estaliniano y el papel jugado por Stalin era cada día mayor; y si por estalinismo se entiende que el partido español fue solidario de la línea de la III Internacional, es evidente que fue estalinista. Ahora bien, la palabra estalinista o estaliniano de hoy no tiene el mismo sentido que entonces, porque desde entonces hemos aprendido todas tantas cosas sobre el estalinismo, que me parece que sería injusto utilizar el vocablo de hoy en el sentido que no podía tener y que no tenía en los años 1934, 1935 o 1936, por la sencilla razón de que no se sabía casi nada de la vida política interior de la URSS. Y, además, en aquellos momentos la lucha entre el fascismo internacional y el movimiento obrero era tan aguda, que incluso los que tenían reservas pensaban que la Unión Soviética en el estado en que se encontraba era para ellos un hallazgo; y este problema, en mi opinión, hay que tratarlo de esta forma. Semánticamente estalinismo hoy no quiere decir lo que quiso decir entonces. A mi manera de ver, el estalinismo

hoy es una desviación del marxismo. Y es una corriente que muchos partidos de Europa occidental y de otras zonas del mundo han descartado de sus metas después de haberla estudiado.

MAYO DE 1937

T. de H.—¿Entonces, opina usted, como otros historiadores, que la represión a raíz de los hechos de mayo de 1937 se desencadenó, poniendo como pretexto el famoso **putch** anarquista y **poumista**, como consecuencia de las consignas venidas de la Unión Soviética?

G. S.—Creo que este problema es muy complejo, y que hoy sería una estupidez decir que los acontecimientos de mayo del 37 en Barcelona —el «putch», como se decía entonces— fueron la obra exclusiva del POUM. Me explicaré. El POUM era un conglomerado de militantes troskizantes, es decir, que no eran del todo fieles a la IV Internacional, pero era una organización que estaba en contra del Frente Popular y de todos sus componentes. Estaba en contra del PCE por razones ideológicas; en contra del PSOE por considerarlos socialde-



Durante el asedio de Madrid, para comunicar con mi país había que esperar tres o cuatro horas al teléfono, incluso mucho más durante los días más difíciles de la defensa de Madrid. (Madrid, en diciembre de 1936).

mócratas; de los republicanos de izquierda por considerarlos liberales; de los nacionalistas vascos y catalanes en muchos aspectos (no les interesaba el nacionalismo burgués). Los militantes del POUM, por otro lado, eran 30.000 en toda España, y en los sucesos de mayo hubo 50.000 combatientes en las barricadas. Los anarcosindicalistas también eran una fuerza muy importante en Cataluña —había más de un millón de afiliados a la CNT—. Yo creo que en las barricadas de mayo los que dominaban eran los faístas, y sólo había alguna gente del POUM. ¿Qué pasó? Los dos ministros anarquistas del Gobierno del Frente Popular, Federica Montseny y García Oliver, cuando se dieron cuenta del peligro que constituía ese levantamiento para la unidad del Frente Popular, vinieron de Valencia enviados por el Gobierno para parar la lucha fratricida. Comprendieron que se iba a una especie de guerra civil dentro de la guerra civil, y que eso podía tener como consecuencia el derrumbamiento total del frente catalán; y después de muchos discursos y llamamientos por radio, y de que por fin la Generalitat sofocara el levantamiento, la lucha se paró. Entonces asistimos a un fenómeno muy curioso: en vez de enfrentarse en el terreno político con los anarcosindicalistas, casi todos los partidos políticos —puede usted consultar mi tercer tomo de **Guerra y Revolución**, porque allí está recogida



He sido un privilegiado porque era muy joven y aunque hablaba poco el castellano, hice amistad con muchísima gente a todos los niveles, desde los combatientes del frente hasta líderes de los diferentes partidos, como José Díaz, o La Pasionaria —en la fotografía—, del PCE.

toda la prensa de aquella época—, tanto socialistas como comunistas y republicanos de izquierda hablan de la responsabilidad del POUM, y no dicen casi nada sobre la participación anarcosindicalista. Es decir, que para no enfrentarse con el anarcosindicalismo, se enfrentaron con el POUM. Y ahí hubo, sin duda, una interferencia de la línea política de la III Internacional de tipo stalinista contra el trotskismo.



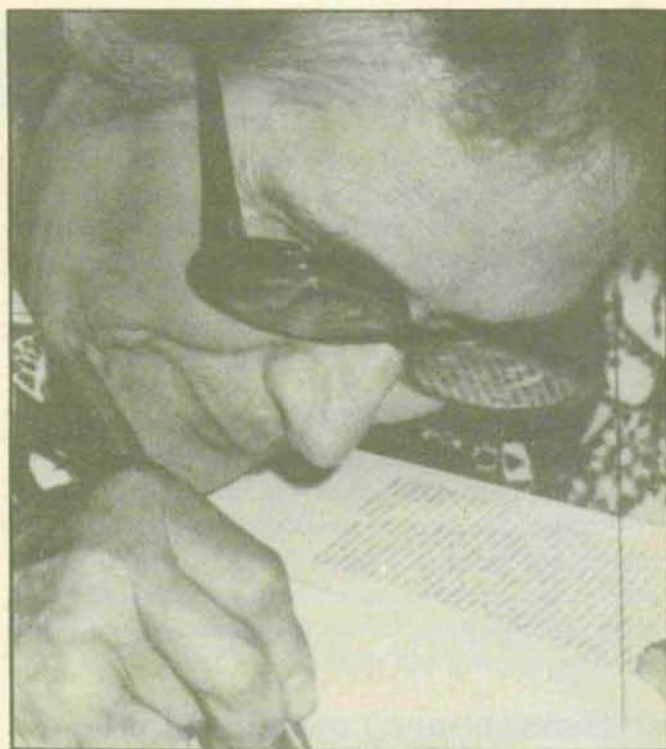
Mi trabajo se me facilitó mucho porque al haberme identificado con la causa republicana española, que consideraba —y sigo considerando— como una causa absolutamente justa, los amigos que tenía en todos los partidos me hacían el honor de recibirme y de hablar conmigo. (La madrileña Puerta del Sol, a finales de 1936).

El POUM se convirtió en el «chivo expiatorio» de los demás partidos, porque conviene recordar que ya en aquel momento, en 1937, en la III Internacional, el trostkismo no era una fuerza política con la que había un diálogo o una lucha política, sino que la III Internacional consideraba al trotskismo como una agencia de espías de la Gestapo. Ello dio lugar a los famosos procesos en la Unión Soviética, en los que muchos inocentes fueron condenados. Hubo así una extensión de esa línea interna soviética sobre todos los partidos comunistas extranjeros, entre otros el PCE en aquellos momentos. Pero otra característica notable es que incluso los socialistas y republicanos hablaron unánimemente de los hechos de mayo como provocados exclusivamente por el POUM. Pero la realidad era distinta. El POUM estaba implicado en el movimiento; cuando se lee **La Batalla** —periódico del POUM en aquel período— te das cuenta de que no se jubilaron a pesar de la derrota, decían que ese «putch» iba a incorporar a toda la juventud al movimiento, y permitir ganar la guerra. Discursos absolutamente locos, tan lejos de la realidad que podían haber venido de otro planeta. Entonces, poco a poco la gente se planteó el problema, y en lugar de subrayar la responsabilidad de los anarconsindicalistas en el levantamiento del mes de mayo, empezaron a atacar a los comunistas por haber convertido al POUM en «chivo expiatorio». De ahí esos líos tremendos que ha habido durante años y años, por atribuir la responsabilidad de los hechos de mayo exclusivamente al POUM. Eso es anti-histórico, no tiene nada que ver con la realidad de aquel período. En aquel momento hubo no solamente una confusión de tipo ideológico, sino que hubo una intervención muy precisa de ciertos representantes soviéticos en España que dieron una dirección clara a su intervención. Ellos forjaron la tesis de la exclusiva responsabilidad del POUM, y de hecho intervinieron en los asuntos internos de la República española.

En conjunto, este es un período bastante negro, diría yo, de la República, que podía haber sido muchísimo más grave si el Gobierno formado entonces por Juan Negrín no se hubiera hecho con la situación, quitándose ese problema de encima, dejándolo en el terreno de la represión jurídica, y volviéndose a plantear el problema de cómo fortalecer la unidad.

GUERRA Y REVOLUCION

T. de H.—*En la polémica clásica entre los partidarios de ganar la guerra y los defensores de hacer la revolución, ¿cuál de estas dos posturas piensa que es la más acertada?*



Lo que quisiera subrayar es que los partidos obreros, pese a sus diferencias ideológicas, a sus puntos de vista políticos a veces distintos, pusieron por encima de sus diferencias la necesidad de una unidad del Frente Popular al nivel del Gobierno. (En la foto, la Ministra de Sanidad, Federica Montseny).

G. S.—Ese problema me parece que está mal planteado. ¿Cómo se podía hacer la revolución sólo, o ganar sólo la guerra? Yo creo que ese es un binomio dialéctico. La revolución se hizo como contestación al estallido de la guerra civil: el hecho de que el aparato provisional del Estado republicano-burgués, de tipo liberal avanzado, se derrumbara por completo ya es un indicio. De ahí surgió un nuevo orden social, que se caracterizó, según las regiones, por una intervención más o menos fuerte de las organizaciones obreras, con aspectos colectivistas, autogestionarios o de formación de comunidades libertarias... Pero al haber sido una contestación a la sublevación militar, la revolución española de los años 1936 y 1937, para que durase, tenía que ser defendida por las armas. Así que no se puede separar la revolución de la guerra, porque una derrota militar en 1937 o 1938 habría dado automáticamente el mismo resultado de derrota final de la República en 1939: es decir, la victoria de Franco y la instalación del fascismo en España. En mi opinión, es un problema muy mal planteado, porque, de hecho, hubo en el territorio republicano español una profunda revolución política, social y económica; el problema de la tierra, de las relaciones con el aparato del Estado, y muchos otros recibieron una solución absolutamente nueva, y en ese aspecto se puede decir, de verdad, que la única manera de defender la revolución era

La característica fundamental, en mi opinión, es que si existió la unidad del Frente Popular y del Gobierno a nivel de masas, fue porque los partidos obreros pusieron todo su empeño en fortalecer esa unidad de acción que había en el plano de la acción militar, económica y social. (Milicianos, en un Madrid que ya era frente de batalla...).

ganar la guerra. No se pueden separar las dos cosas; una está ligada a la otra: ganar la guerra era ganar la revolución, perder la revolución era perder la guerra, porque la guerra se hacía también para adelantar en lo que se había conseguido en todos los terrenos.

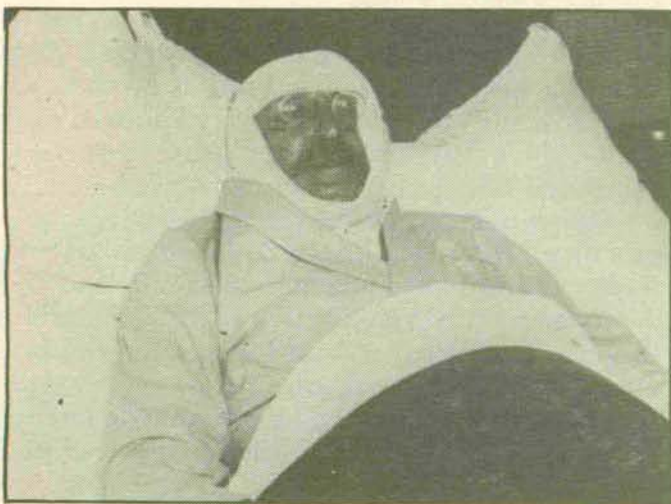
T. de H.—Entonces, ¿se trata de una discusión bizantina?

G. S.—Bastante bizantina, abstracta. Me parece que no tiene en cuenta la realidad, cómo se plantearon las cosas en la cabeza de los combatientes, en la realidad política; y un historiador de hoy siente cierto asombro al ver que es un terreno de elección para fomentar falsos problemas, falsas querellas, que no desembocan en nada real.

HISTORIADORES CONSERVADORES Y PROGRESISTAS

T. de H.—Las críticas conservadoras, en especial la de Ricardo de la Cierva publicada hace unos días en **ABC**, le acusan de haber hecho un libro parcial, partidista y en ocasiones poco ligado a los acontecimientos históricos. ¿Qué opina usted de estos ataques?

G. S.—Después de haber leído la crítica de De la Cierva, he enviado al director del **ABC** un telegrama, de acuerdo con mi editor, Juan Grijalbo, diciendo que consideraba las groserías y los insultos de este señor como irrisorios, y que yo estaba preparado, y sigo estándolo, para tener un debate público, televisivo o radiofónico, delante de centenares o de millares de personas que pudieran escucharlo, de una,



León Blum — en la fotografía, tras un atentado— era un hombre muy culto, que jugó un papel decisivo en el período del Frente Popular, porque como Jefe del Gobierno realizó una serie de reformas importantes en el campo social y económico. Pero yo creo que en las grandes tempestades la inteligencia no basta, hace falta tener carácter, y no tuvo el carácter que la situación exigía de él.



dos, tres o cinco horas, el tiempo que necesitamos para debatir las cosas de una manera serena. He leído el artículo de Ricardo de la Cierva, donde me dice que tal punto o tal otro es una falsedad. Sobre cada uno de esos puntos tengo la prueba concreta de que lo que he dicho es cierto. Por ejemplo, he dicho, entre otras cosas, que el jefe de Falange, José Antonio Primo de Rivera, en 1932, en 1933 y en 1934 cobraba dinero de la Embajada en París de la Italia fascista de Mussolini. De la Cierva chilla, y dice que insulto a un mártir, pero hay pruebas de esto: ahí están, nada más y nada menos que en la Biblioteca del Congreso de Washington, donde están los recibos, y se puede publicar en todos los libros y periódicos. Si el señor De la Cierva hubiera tenido la curiosidad intelectual de dirigirse a la Biblioteca del Congreso y pedir que le enviaran un microfilm de estos documentos, no habría dicho una burrada como esa.

Yo creo que he escrito mis cinco tomos sobre la guerra de España para restablecer la verdad sobre muchísimos puntos de esta época histórica, porque durante los años de franquismo todo lo que se refería a la República española era o el infierno para unos, o el paraíso para otros. No fue ni lo uno ni lo otro. La República española cometió durante la guerra ciertos errores, algunos graves, e hizo lo que pudo. Pero creo que la tarea del historiador es procurar ser honesto intelectualmente; es decir, explicar lo que ocurrió de verdad, cómo ocurrió y por qué. Porque el papel del historiador no es solamente recoger hechos, sino proponer al



lector una interpretación de estos hechos. De otra manera, no sé qué podría quedar en la cabeza del lector cuando lee los relatos de las operaciones militares durante la guerra civil, donde se celebra el heroísmo, la valentía o el miedo de los combatientes. Eso forma parte de todas las guerras o revoluciones, pero no es lo más característico ni lo más importante de este período de la historia, que como todos los grandes períodos de la Historia tiene que ser analizado. Yo soy muy sereno; tengo la conciencia en paz. Uno de los más grandes historiadores franceses del siglo XX, Pierre Vilar, que es muy amigo mío, me ha hecho el grandísimo honor de leer mi libro de la primera a la última página, y ha aceptado que su nombre figurara en el libro —lo que para mí ha sido un gran honor— como la persona que ha leído todo lo que he escrito. Así que me encuentro muy bien en compañía de Pierre Vilar; me encuentro muy bien en compañía de gente muy valiente como Southworth, y de otros historiadores americanos, ingleses, italianos y de otros países.

Lo que me causa una impresión bastante desagradable es ver que los que han escrito la historia a su manera durante los años en que estaban en el poder, hoy en día no puedan soportar la verdad, y la única manera de manifestarse sean los insultos. Pero como dijo el Presidente Azaña, en ese terreno yo he agotado mi capacidad de desprecio.

LA «NO INTERVENCION»

T. de H.—¿Cuál fue la actitud de Francia y de las democracias europeas frente al conflicto?

G. S.—Francia adoptó una actitud equivocadísima: el Gobierno del Frente popular presidido por León Blum, que estaba entonces en el poder, capituló de hecho frente a la presión británica, porque temía que se rompiera la coalición franco británica en caso de estallar una guerra europea. Pero León Blum no se dio cuenta en aquel momento de que nada producía más miedo a los dictadores fascistas —Hitler y Mussolini— que la firmeza ante ellos. Si en lugar de capitular con la «no intervención», los gobernantes franceses hubieran contestado aceptando el tratado de comercio franco-español de 1935, por el que Francia tenía la obligación de vender armas a la República española —firmado en 1935, año en el que Gil Robles aún estaba en el poder— las cosas habrían tomado otro rumbo muy probablemente, porque ante una actitud firme del Gobierno francés la intervención alemana e italiana no se habría producido en tales proporciones. Fue una actitud muy equivocada porque, de hecho, por haber abierto el camino a los dictadores fascistas en España, Francia misma fue invadida por los nazis al año de acabarse la guerra de España, y conoció largos años de invasión con barbaridades tremendas y grandes tragedias. Debo decir que la actitud de Francia hacia España es un capítulo negro en la historia de Francia. Un hombre como León Blum vivió hasta su muerte con la idea de que, pese a todas las razones que podía haber para no romper la unidad franco-británica, la República española fue sacrificada a esa alianza.

T. de H.—Entonces, ¿cómo explicaría usted la actitud de León Blum, como socialista y jefe de Gobierno, hacia la República Española?

G. S.—León Blum era un hombre de una inteligencia extraordinaria en muchos aspectos, un hombre muy culto, que jugó un papel decisivo en el período del Frente Popular, porque como jefe de Gobierno realizó una serie de reformas importantes en el campo social y

Un hombre como Eden —en la foto—, que era conservador, cuando se dio cuenta, en febrero de 1938, de que se habían burlado de él, de una manera espantosa, por los representantes alemanes e italianos al más alto nivel, dimitió porque no quiso ser solidario de la tragedia que se cernía sobre España.



económico. Pero yo creo que en las grandes tempestades la inteligencia no basta, hace falta tener carácter, y no tuvo el carácter que la situación exigía de él; es decir, enfrentarse con los conservadores británicos y hacerles comprender que su propio interés era no capitular ante los dictadores fascistas. Un hombre como Eden, que era conservador, cuando se dio cuenta, en febrero de 1938, de que los representantes alemanes e italianos al más alto nivel se habían burlado de él de una manera espantosa, dimitió porque no quiso ser solidario de la tragedia que se cernía sobre España. Comprendió que esto iba a tener unas consecuencias tremendas, incluso para Inglaterra y el Imperio británico. León Blum no tuvo el carácter, el ánimo y la capacidad que no da la lectura, sino la inteligencia de la acción. Yo creo que fue uno de los grandes responsables de esa tragedia que fue la «no intervención».

TERROR ROJO Y TERROR «BLANCO»

T. de H.—*Otra de las cuestiones más discutidas entre los historiadores conservadores y los historiadores de izquierda es la cifra de muertos de la guerra civil. ¿Podría usted explicarnos por qué aumenta en su libro las cifras calculadas por Jackson?*

G. S.—Quiero decir una cosa. Yo he tocado este tema, porque creo que es un tema que debía tocarse. Pero yo creo que esa contabilidad fúnebre es un cálculo que nunca tendrá una conclusión. Se ha hablado de un millón de muertos, se han hecho estudios demográficos orientados a calcular cómo habría sido el de-



Yo creo que nunca sabremos el número de muertos, porque se han olvidado todas las venganzas personales, todos los crímenes que se cometieron; porque lo que se conoce bastante bien es «sólo» el número de los juicios sumarísimos, condenas y fusilamientos producidos después de la victoria de los nacionalistas. (En la foto, Mussolini, Franco y Serrano Suñer, en la entrevista que sostuvieron en Bordighera).

sarrollo demográfico de España si no se hubiera producido la guerra. Yo creo que nunca sabremos exactamente el número de muertos, porque se han olvidado todas las venganzas personales, todos los crímenes que se cometieron; porque lo que se conoce bastante bien es sólo el número de los juicios sumarísimos, condenas y fusilamientos producidos después de la victoria militar de los nacionalistas. Se sabe con precisión el número de gente que murió en los campos de batalla. Pero ¿quién podrá decir nunca cuántos crímenes se produjeron por venganzas personales o por odios? Nadie, a excepción de algún notario de la provincia de Granada, o de algún doctor de la provincia de Alicante —es decir, de trabajos hechos por la curiosidad personal de unos cuantos testigos— ha estudiado con detalle este tipo de represión en todo el país, y por eso no tendremos nunca datos completos. Esa es la razón por la que yo he aumentado un poco las cifras de Jackson, porque he querido tener en cuenta ese factor de venganzas y crímenes cometidos en la retaguardia.

T. de H.—*Se ha convertido casi en un tópico la afirmación de los historiadores conservadores de que el terror «blanco» fue equivalente al terror «rojo». ¿Qué opina usted sobre ello?*

G. S.—El terror blanco, en mi opinión, fue muchísimo más extenso y cruel que el terror rojo. Yo creo que, con todas las reservas que se puedan hacer, decenas de millares de personas fueron asesinadas en los famosos paseos en el campo republicano. Pero en la zona controlada por los que entonces se llamaban los rebeldes, estos asesinatos tuvieron un carácter mucho más importante y de masas. De eso tampoco hay datos absolutamente precisos: la cifra puede ser 650.000 ó 700.000, o quizá 800.000. No se puede decir más sobre el problema de la crueldad y la tragedia de la guerra civil. Y, francamente, hasta que se abran completamente los archivos que están todavía cerrados —como el de Salamanca, el de la casa militar de Franco y los documentos conservados en archivos privados de gente que jugó un papel importante en aquella época— no podremos aclarar con exactitud este problema. Pero la enormidad misma del número de muertos me parece una pesadilla. Añadir o sustraer alguna cifra no supone gran cosa. La enseñanza para un pueblo como el español, después de pasar la guerra civil, es que nunca debe volver a producirse una catástrofe parecida.

T. de H.—*¿Qué importancia tuvo, por fin, la represión franquista después de la guerra?*

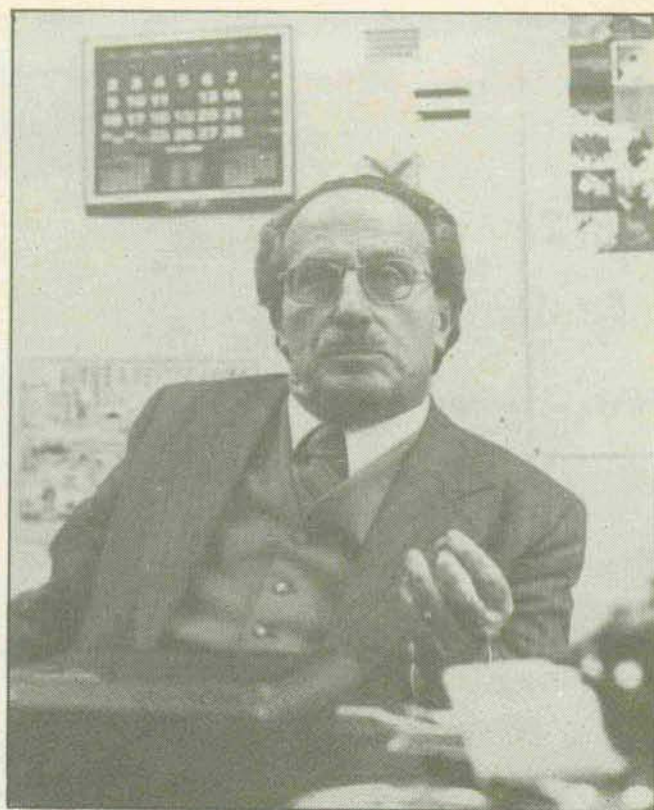
G. S.—Una cosa que poca gente sabe es que, después de terminar la guerra, los vencedores

se portaron con los vencidos de una manera absolutamente bárbara. El caudillo Franco había prometido que podía producirse una paz con honor, e incluso que los militares podrían volver a tener los puestos que habían ocupado anteriormente. La verdad es que, desde el mes de abril de 1939 hasta 1944, no cesaron los juicios sumarísimos. Y hubo decenas de millares de personas fusiladas, y otras tantas que vivieron años y años en la cárcel y que eran sacados de su celda para ser ejecutados en la misma prisión, no lejos de sus hermanos de celda. El número de esos fusilamientos y de las penas de prisión es espantoso; alcanza la cifra de 300.000 personas. Y quizá es una de las medidas más crueles que los vencedores utilizaron contra los vencidos, con la esperanza de que así iban a hacer callar al pueblo español de una vez para siempre, y podrían seguir gobernando durante un siglo o dos. La historia ha enseñado que las cosas han tomado un camino diferente, porque hoy, después de dos años y medio de la desaparición del régimen franquista como tal, el mismo nombre del Caudillo es para muchísimos españoles casi una pesadilla. Y hay personas que lucharon con coraje y lealtad dentro de las filas del franquismo, que al conocerse la verdad poco a poco, hoy en día no aceptan en muchos puntos la versión franquista.

T. de H.—*Y ya para terminar, ¿cuál es, a su juicio, la importancia de la guerra civil para la España actual, y para las generaciones que no vivieron el conflicto?*

G. S.—Yo creo que la historia no se repite nunca de la misma manera. A veces se pueden sacar enseñanzas de la historia. En el caso de España, me parece que la enseñanza mayor que está sacando el pueblo español de ese enfrentamiento tan sangriento, doloroso y cruel, es que hace falta encontrar una solución a toda una serie de problemas políticos, económicos y sociales, pero por los caminos de la lucha política, y no de la lucha armada, como la que conoció la guerra desde 1936 a 1939. Creo que los pasos que está dando España en esta dirección —el hecho de que dentro de poco haya un referéndum sobre la Constitución, que será aceptada por la gran mayoría del pueblo español— son una indicación de cómo la historia puede a veces servir de tema de reflexión sobre la manera de plantearse los problemas de la lucha política. Porque esta lucha existe en todos los países democráticos, pero esto no quiere decir que tenga que desembocar en una guerra civil.

Yo creo que ésta es la principal enseñanza: aprender a tener más tolerancia hacia los pun-



En el caso de España, me parece que la enseñanza mayor que esté sacando el pueblo español de ese enfrentamiento tan sangriento, doloroso y cruel, es que hace falta encontrar una solución a toda una serie de problemas, políticos, económicos y sociales, pero por los caminos de la lucha política, y no de la lucha armada, como la que conoció la guerra desde 1936 a 1939... Yo creo que ésta es la principal enseñanza; aprender a tener más tolerancia hacia los puntos de vista de los demás, escucharles, procurar encontrar los puntos de convergencia, sin ignorar los problemas que están en el fondo de cada sociedad. (En la foto, M. Georges Soría).

tos de vista de los demás, escucharles, procurar encontrar los puntos de convergencia, sin ignorar los problemas que están en el fondo de cada sociedad. En el sistema capitalista, desde luego, hay una lucha de clases porque hace falta llamarla por su nombre; existe y seguirá existiendo, porque hay clases constituidas, cada una de las cuales defiende sus intereses. Y el problema está en encontrar los puntos de convergencia, es decir, los puntos en los que puedan juntarse personas de un lado y de otro; y después, en las urnas, el pueblo soberano decidirá sobre todas las cuestiones, y hay que aceptar los resultados del sufragio universal. Yo creo que en los países de Europa occidental, con sus tradiciones, el único camino es el de la discusión, que puede ser muy aguda, con duros enfrentamientos políticos; pero no creo en absoluto que —como decía Mao— en los países industriales adelantados la victoria se logre con la «punta del fusil». Esa manera de plantear los problemas, en mi opinión, es equivocada, porque las condiciones de la lucha política, por su misma naturaleza, son mucho más prometedoras que la lucha armada, que después acaba en una dictadura, de la que se tarda muchos años en salir. ■ M. R.